
LA REINA MARGARITA

Por la noche se la veía en el ensayo, los días que no había función, que eran lunes, miércoles y viernes, ocupar, en la sombra, una butaca de quinta ó sexta fila, envuelta en su chal gris, humilde; permanecía inmóvil horas y horas, callada, sin reír cuando reían allá arriba, en el escenario, sus compañeros, que no pensaban en ella. Las noches de función solía ir á un palco de tercer piso, como escondiéndose, ocupando el menor espacio posible, y quieta, callada como siempre. No la divertía mirar al público, desconocido, indiferente, casi hostil; para ella era el mismo siempre, en todos los pueblos que iba recorriendo con la compañía: un enemigo distraído, que le hacía daño sin pensar en ella. No le miraba. Demasiado tenía que verle de frente, frío, insensible, cuando la pobre tenía que salir á las tablas y cantar sin perder el compás, sin atragantarse, y hasta expresando con

gestos y actitudes ciertas pasiones que no eran las suyas, penas que no eran las que la mortificaban. Miraba al escenario: prefería ver una vez más, después de mil, la misma escena, oír el mismo canto: á lo menos, aquel aburrido y monótono espectáculo repetido era algo familiar, como una patria moral ambulante; la ópera viajaba con ellos. Miraba el escenario como un nómada podía mirar el carro ó la tienda que le acompaña á través de regiones y regiones nuevas, desconocidas. En su imaginación la escena era la tierra firme, el público el mar tenebroso. Esto cuando veía las tablas desde fuera; porque cuando estaba sobre ellas, el público seguía siendo el mar bravo, y el escenario era un frágil leño flotante, juguete de las olas.

Iba al teatro, no porque gozara con el espectáculo, sino por huir de la soledad de la posada, y por costumbre; por seguir á los suyos, que al fin lo eran los de la compañía, aunque para ella desahogados, fríos, distraídos, casi indiferentes. Estaba acostumbrada desde pequeña á hacer lo mismo. Su madre había sido cantante; su padre, músico de la orquesta: ella, niña, prefería quedarse á dormir, pero sola no; iba al teatro, á padecer entre bastidores frío, sueño, cansancio, hastío... mas todo lo prefería al miedo de verse sola en la posada, de noche. Ahora que no tenía padres á quien seguir, iba al teatro por seguir á todos los de la compañía, por huir de la poca luz de su celda de huésped po-

bre; del frío, del silencio, del aislamiento, que la comían el alma con sus horas de bostezos como simas.

No recordaba cómo había entrado ella en el arte. Ello había empezado por ser una ilusión de su señora madre; un día había hecho falta buscar una niña que representara cierto papel; pareció ella; la aplaudió el público, y desde entonces quedó incorporada oficialmente á la compañía. En otra ocasión, un director de orquesta, algo maestro de canto y algo aficionado á la madre de la infeliz Marcela, nuestro personaje, descubrió que la niña tenía hermosa voz; lo creyeron el padre y la madre, nadie lo negó, y la chica aprendió música y empezó, cuando tuvo edad suficiente, á cantar en papeles muy *modestos* en la compañía donde trabajaba su madre. Así había empezado aquello: era cantante porque nunca había sido otra cosa, ni nadie la había propuesto cambiar de oficio. Tenía apego al teatro, como se lo tienen á su tierra aun aquellos que viven en país triste, ingrato. Tenía el cariño tibio que engendra la costumbre. Pero no conservaba ninguna ilusión de artista, hasta casi había olvidado las que al principio de su opaca, triste carrera había tenido. El público la había desengañado poco á poco. Además, no era hermosa. Había tenido sus dieciocho años como cualquiera; pero ni laureles ni amores habían tejido para ella una corona de felicidad. Desenga-

ños vulgares, sordos, en todo. En la compañía en que estaba ahora, había permanecido años y años por vínculos de amistad de sus padres difuntos con los directores de la empresa; y porque Marcela llenaba huecos, lo aguantaba todo, no tenía pretensiones, no hacía sombra á nadie y se contentaba con un sueldo inferior á su categoría de cartel. Nunca había trabajado más que en provincias. Los gacetilleros, mal vestidos y no siempre bien educados, que ejercían de Aristarcos del *bel canto*, la trataban ordinariamente con un desdén provinciano que hay que conocer para apreciarlo en toda su humillante amargura. La perdonaban la vida. Cuando más, decían que *no había descompuesto el conjunto*; pero lo más común era afirmar que la señorita Marcela Vitali (Vidal) había hecho laudables esfuerzos para dominar la emoción que visiblemente la embargaba. Sí, esto era verdad. Tenía un miedo cervical, invencible, al público; un miedo que no se le quitaba con los años. Sus protectores, los amos del cotarro, se fueron acostumbrando á tolerarla como una carga de caridad, si no de justicia. Por evitarla á ella disgustos y por no comprometer las obras más de lo que otros las comprometían, iban prescindiendo más cada vez, de Marcela. Seguían pagándole su corto sueldo, y ella, que comprendía que apenas lo ganaba, callaba, humillada, triste, pero casi agradecida. En general, los demás cantantes ni la

querían ni la odiaban; la miraban como un apéndice inofensivo de la compañía. Pero donde el egoísmo y la envidia nada tienen que aborrecer, la malicia burlona todavía tiene algo que decir, gracias á su horrible *dilettantismo*. No se sabe quién inventó para Marcela un apodo, que fué en adelante el nombre que tuvo para los de casa. Se la llamó *la Reina Margarita*.

* * *

Fué por esto. Cada día se le manifestaba el público á Marcela menos favorable en todas las óperas, por insignificante que su papel fuese; pero con una excepción. En cierta obra clásica, muy aplaudida en todas partes, la *Vitali* tenía á su cargo el personaje de una Reina Margarita, más ó menos fantástica; una Reina que no gobernaba; lo más constitucional posible; porque en todo y por todo dejaba pasar delante y eclipsarla á otra primera tiple, que sin ser duquesa tal vez siquiera, la obscurecía á ella, á la Reina, por completo; la comía la voz cuando cantaban á un tiempo, y le quitaba un amante que la Margarita amaba en secreto. Todo el mundo mandaba allí, menos la Reina, que en el tercer acto desaparecía, después de perdonar varias felonías á una porción de coristas, y no volvía á presentarse en escena. Era una majestad triste, modesta, apocada, que oía en pública audiencia una porción de arias, romanzas, dúos y

tercetos; se pasaba media hora sentada en su trono, sin que nadie le hiciera caso, y cuando se permitía cantar, tres ó cuatro veces en toda la ópera, lo hacía en melodías de dolorosa resignación, sin grandes gritos: y dejándose, al fin, dominar por voces más poderosas que, en un concertante, acababan por ahogar sus lamentos de elocuente, dulce monotonía.

No sabía ella por qué, Marcela se había enamorado de este papel; y el público, y el director, y los compañeros, le encontraban en él cierta gracia que otras veces no tenía. Hasta casi guapa salía Marcela Vidal en su *Reina Margarita*. Las únicas flores que había oído de soslayo á los abonados de los palcos proscenios de la platea, habíalas debido á su *Reina Margarita*. Para no cambiar nunca de aspecto, ya que había parecido bien en este papel, Marcela se hizo un traje para la tal ópera, y en ella nunca usaba los de la empresa, sino el que le había costado su trabajo y su dinero. Algunas veces el público no sólo había encontrado simpática y *discreta* á la Vidal en este papel, sino que hasta la había gratificado con alguna palmada de propina al terminar cierto dúo con la tiple, la cual después la eclipsaba por completo. En el cuarto acto ya nadie, ni en la escena ni en la sala, se acordaba de la *Reina Margarita*; pero esto no quitaba que ella se fuese á su humilde posada, solita, más contenta ó menos triste que de ordinario, no for-

jándose ilusiones (esta *fragua* la tenía ella apagada mucho tiempo hacía), pero con la satisfacción de haber ganado el pan que comía, por lo menos aquella noche.

Sin embargo, esta misma buena impresión llegó á gastarse, Marcela notó la ironía que sus compañeros indicaban con cierta malicia al llamarla *Reina Margarita*, aludiendo al relativo triunfo de la humilde cantante en este papel; y ella misma acabó por ver el lado cómico de su limitadísima especialidad. La empresa era la que tomaba con mas seriedad la cosa; ya se sabía: en aquella ópera de recurso, el papel de Reina para Marcela; antes faltaba la luz de las baterías que así no fuera.

*
* *

Llegó la compañía á una ciudad del Norte, en mitad del invierno. Los cantantes estaban aburridos, todos temían quedar sin voz; la humedad les llegaba á las entrañas. Tiritaban, encogidos, y no les bastaba todo el vestuario para envolverse al cuello. El tenor, que se creía hombre de porvenir, y hubiera querido tener un estuche de terciopelo para la laringe, no abría la boca más que para comer, hasta que llegaba la hora de cantar. Era un pueblo triste, levítico, opulento, que tenía ópera por lujo más que por afición. Los ricachos se abonaban, pero dejaban muchos días los palcos sin gente. No había afición á la música, no había más

que dinero, que en punto al arte se convertía en pretensiones. No entendían, pero, como eran ricos, se creían con derecho á ser exigentes; además, no se quería un mal contrato: sentirían mucho que se les diera gato por liebre, no por las notas desafinadas, que no les hacían ningún daño, sino por la *lesión enorme* que pudiera causar á sus intereses el pagar como ocho cantantes que valían como *cuatro*, v. gr. Así es que se consultaba con inquietud, y oyéndolos como á oráculos, á los pocos peritos, ó que pasaban plaza de tales, que había en el pueblo. Los *cómicos*, como suele acontecer, hacían rancho aparte en la ciudad: no trataban apenas á nadie; no les interesaban ni los monumentos, ni las costumbres, ni los paisajes de la hermosa campiña. De la posada al teatro, al ensayo ó la función. No sabían más que esto: «que llovía sin cesar, que el cielo era de plomo, y que el público era muy frío, muy reservado, temía comprometer su fama de inteligente aplaudiendo lo que no merecía aplausos».

Para Marcela no ofrecía aquello novedad; todos *los públicos* le parecían el mismo; un enemigo, un juez, un verdugo; algo así como una especie de guardia civil que la perseguía á ella por el delito de no tener buena voz, y aturdirse y no acabar de dominar la escena. El agua, la humedad que le atravesaba los huesos, el cielo obscuro, bajo, ceniciento, eso sí le entristecía. Se sentía allí más *ex-*

tranjera que en las demás ciudades de su *patria*, que ella no tenía por patria. Como no se podía salir á paseo por los alrededores, lo cual solía ser su recreo único fuera del teatro, se aburría mortalmente en la posada. Cosía, recomponía la seda y los galones y las perlas falsas de su traje de Reina, hacía solitarios con una baraja sobada... y dormía mucho. Cantó una, dos, tres noches la *Reina Margarita*; por primera vez la citaron *nominatim* los gacetilleros severísimos; no tuvieron inconveniente en declarar que la señorita Vitali había estado discreta en su modesto y simpático papel de Reina, escuchando merecidas muestras de simpatía en el dúo del segundo acto... y nada más. Marcela volvió á su huelga oficial, á envolverse en el chal gris, y ocultarse en la sexta ó séptima fila de butacas, en la sombra, las noches de ensayo, y en su palco tercero en las noches de función.

*
*
*

Estando allí, en el palco tercero de la extrema izquierda, asistió á un penosísimo espectáculo que le puso carne de gallina y le hizo aborrecer más que antes al monstruo, al público enemigo.

El tenor, el *cómico* de *primera*, acabó por ponerse malo de la garganta con la humedad, y por lo que abusaba de él la empresa. La gacetilla bramó; los abonados amenazaron con retirarse al *monte Aventino* (en el *Círculo de Recreo*). Echando la